

Para la realización de un diccionario bilingüe es necesario que el personal que encare la tarea cumpla dos condiciones: que, lógicamente, tenga conocimientos lexicográficos y que sea competente en los dos idiomas escogidos. Esta condición puede ser suficiente para plasmar en la obra el vocabulario de uso general, pero no lo es cuando aquello que se pretende realizar es una obra especializada en un campo léxico concreto, para lo cual se requieren amplios conocimientos léxicos del campo en cuestión. De no verse cumplida esta condición es de prever que se producirán algunas lagunas e inexactitudes en las equivalencias léxicas entre ambos idiomas, los cuales desvirtuarán la labor realizada en su conjunto. Así lo vamos a comprobar en la obra que nos ocupa (2).

Nos vamos a centrar en un campo léxico en particular que ya ha sido nuestro objeto de estudio en ocasiones anteriores (3), el léxico militar, y dentro del mismo particularizaremos el análisis en un diccionario que ha tenido poca o ninguna difusión en España (4), pero que sí es conocido en su país de origen, Rusia, ya que fue realizado para satisfacer necesidades de usuarios rusoparlantes, especialmente alumnos de filología hispánica.

Para alcanzar con éxito el objetivo propuesto se necesita, además de dominar perfectamente los idiomas ruso y castellano, conocer el vocabulario militar utilizado por los ejércitos hablantes de ambos idiomas. Esto no es tan fácil; si bien se puede conocer el léxico militar propio, resulta bastante más complicado conocer el del otro país. A las diferencias lingüísticas de todo tipo entre los dos idiomas, perteneciente uno al tronco eslavo y el otro al románico, dentro de las lenguas indoeuropeas, se suma la diferencia entre las concepciones existentes tras las palabras. Hay que resaltar que en la época en que el autor preparaba la elaboración del diccionario, editado tras la caída del muro, éste todavía separaba las dos Europas. Y mucha mayor distancia separaba a ejércitos tan diferentes, cuando no contrapuestos, en doctrina, organización, armamento, material, procedimientos, mentalidad de los integrantes... como eran y son todavía las Fuerzas Armadas españolas y las rusas.

La solución ideal para obtener un buen resultado es que el autor del diccionario planteado, además de la formación lexicográfica adecuada, tenga sólidos conocimientos en el lenguaje militar propio. A la vez, debe poseer los conocimientos suficientes en el otro idioma que le permitan asimilar los conceptos que encierra el léxico militar de éste, de tal forma que sea capaz de asignarlos a las voces propias de la forma más adecuada, recurriendo a sintagmas compuestos cuando no exista un vocablo equivalente con el mismo sentido. El mejor caso es aquel en que el autor del diccionario militar bilingüe conozca de forma directa la vida militar, porque lo sea -la mayoría de autores de diccionarios militares lo son (5),- o bien conozca de forma indirecta a través de múltiples

1. Con mi agradecimiento al teniente coronel del ejército ruso Alesey Kovalev, agregado militar adjunto en la embajada de la Federación de Rusia en España, sin cuya colaboración no hubiera podido realizar esta reseña.

2. Al ir la presente reseña destinada a lectores hispanos, nos hemos tomado la libertad de traducir al castellano el título original de la obra, que está redactada en ruso con la única excepción de las voces castellanas que contiene, al ir dirigida a alumnos rusos de filología hispánica.

3. Como en (2002) *El lenguaje militar: entre la tradición y la modernidad*, Madrid, Ministerio de Defensa, y en diversos artículos de los que puede ser una muestra "El lenguaje de los soldados", *Pragmalingüística*, Universidad de Cádiz, vols. 5-6, 1997-1998, pp. 343-357, escrito en colaboración con Ricard Morant y Guillermo López.

4. Es precisamente su no difusión en España lo que justifica el haberlo reseñado pese al tiempo transcurrido desde su publicación.

5. Tanto los de obras monolingües como bilingües. Entre los primeros, destacan el general Almirante (1869) y el capitán de navío Bordejé (1981); entre los segundos, el general Agudo (1992) y los comandantes Aguirre (1966) y Urquía (1980).



lecturas adecuadas y de la consulta a diccionarios militares, el léxico militar propio. En este segundo caso se encuentra Sorokin, quien es lingüista pero no militar, y que ha completado sus conocimientos sobre el vocabulario militar propio a través del diccionario de términos militares de Mallsev (Moscú, 1980).

El siguiente paso, más complicado -como ya hemos apuntado-, es el acceso al vocabulario militar del otro idioma. Pueden utilizarse tres clases de fuentes, que especificamos para el ejemplo que estamos analizando:

1. Diccionarios militares bilingües anteriores, en el caso de que existan, o diccionarios generales bilingües que contengan vocabulario militar. En el caso de la traducción ruso y castellano, Sorokin no contó con precedentes específicos que le hubieran podido allanar el camino y utilizó en su defecto el diccionario bilingüe ruso-castellano de Bulgakov (6), de carácter general. En la época de elaboración de este diccionario se había publicado ya el diccionario militar bilingüe ruso-español del coronel de Caballería Reigada (7), que no tuvo excesiva difusión -a juzgar por el tipo de edición, que podemos calificar de artesanal- y no fue utilizado por Sorokin, a quien hubiera sido de gran utilidad

2. Manuales militares escritos en el idioma en que no se es nativo. Sorokin afirma en su prólogo (1993: 3) que en este campo solamente tuvo acceso al *Empleo táctico del armamento* de Salas Larrazábal, en su edición de 1975. Esto constituye una gran limitación, ya que las fuentes se ven restringidas a una sola obra, de un solo autor, cuya primera edición es de 1960 y que, aunque fue posteriormente actualizada, no puede recoger los procedimientos tácticos y los medios militares utilizados en los años 90, habiéndose producido además grandes cambios en el campo militar desde la fecha de su edición. Sólo hay que pensar que el salto tecnológico y táctico es el que va de la guerra de los Seis Días (1973) a la guerra del Golfo (1991), pasando de un conflicto en que la estrella eran los misiles filo dirigidos a otro en que los misiles eran ya de dos o tres generaciones posteriores e incluso algunas armas eran denominadas inteligentes (8).

3. Publicaciones militares diversas, como pueden ser diferentes revistas periódicas. En este apartado Sorokin contó con mayor diversidad de fuentes, que complementaban la escasez del anterior, tanto en su variedad como en el aspecto cronológico. Efectivamente, las revistas a las que tuvo acceso fueron publicadas entre 1982 y 1992, lo que le permitió acceder a un vocabulario más actual. Y en cuanto a su diversidad, pudo consultar tanto revistas militares editadas por instituciones públicas como por editoriales privadas, tanto publicaciones de carácter genérico (*Oficial*, *Defensa*), como revistas especializadas en temas aéreos y navales (la *Revista de Aeronáutica y Astronáutica* y la *Revista de Marina*, respectivamente).

Las limitaciones en el acceso al corpus de voces militares -por el espectro reducido de fuentes utilizadas- dan como resultado que el *Léxico mínimo...* adolezca de una excesiva presencia de anacronismos, de relativamente pocos neologismos y, en general, de una excesiva literalidad en la traducción de voces así como en algunas vacilaciones, tanto gráficas como de vocablos. En todo ello vamos a profundizar a continuación.

6 Bulgakov, G.N. (1973, 1ª ed.): *Diccionario Militar Español-Ruso*, Moscú, Editorial Militar. Sorokin (1993:3) no lo cita de forma completa.

7 Reigada de Pablo, C. (1972, 1ª ed.): *Diccionario Ruso-Español de Terminología Militar y Técnica*, Madrid.

8 La aplicación intensiva de la tecnología en el armamento y material es tan rápida y constante en el tiempo que ha dado lugar en el cambio de siglo a una expresión un tanto pretenciosa, la Revolución en los Asuntos Militares (conocida también por sus siglas en inglés RMA, *Revolution of Military Affairs*). Vid. *Revista Española de Defensa*, 2000.



El hecho de utilizar como material básico un texto militar de los años 70 (el manual de Salas Larrazábal) determina que Sorokin incluyera en su diccionario como entradas determinados vocablos que eran usuales en aquella época pero que ya habían dejado de serlo en los años 90. Sucede así con voces como *marmita*, *morral de espalda* y *paco*, que suenan a otro tiempo; hoy hablaríamos de *cacillo*, *mochila* o *francotirador*. Sucede lo mismo con los conceptos, dado que las unidades de Defensa Operativa del Territorio (DOT) han dejado de existir en España con la generalización de las fuerzas proyectables, por no hablar de la defensa contraaeronaes (DAA) generalizada hoy como defensa antiaérea (aunque en este caso Sorokin recoja como igualmente válidas las dos expresiones).

No obstante, y como contrapeso a los anacronismos y arcaísmos, el uso de las revistas militares más recientes permite a Sorokin la inclusión de algunos neologismos. Muchos de ellos han sido introducidos en el léxico militar español a partir de la lengua inglesa, como sucede con *bus de datos (data base)*, *chaffs*, *drone*, *hardware*, *kevlar*, *software*... El uso de estas mismas fuentes permite la inclusión de muchas siglas en la parte castellana del diccionario que en realidad corresponden a expresiones en inglés que han sido aceptadas en el lenguaje militar español, en el que se utilizan con total naturalidad, como las que definen los diferentes tipos de misiles (SAM, SSM...) o la identificación amigo-enemigo (IFF) por medios técnicos.

El hecho de conocer bien el idioma castellano pero no estar, sin embargo, familiarizado con el lenguaje militar español, hace incurrir en algunas ocasiones al autor en una excesiva literalidad. A ella responden expresiones como *Ejército del Mar* -aunque en otra página dé cabida a *Armada*-, *infantería alada* por *aerotransportada*, *término de servicio* en vez de *duración del mismo* o *caballería blindada*, concepto que no existe en el Ejército español (9). El mismo motivo hace incluir *exentar* (aunque lo matice con la palabra real en uso, *eximir*, que hace figura entre paréntesis) así como la perífrasis *hacer el saludo* en lugar del verbo usual, *saludar*.

Podríamos achacar al uso de fuentes procedentes de dos épocas distintas la aparición de algunas vacilaciones, tanto ortográficas como conceptuales. En el primer caso está la voz *snorquel*, que compatibiliza con *snorkel*; y en el segundo la alternancia entre el ya desusado calificativo de *atómico* (ambiente atómico, protección atómica) y el actualmente utilizado, *nuclear* (efectos del arma nuclear o el sistema de defensa NBQ). Lo mismo podríamos decir de *carro de combate* y *tanque*, aunque esta dualidad coexiste en el lenguaje militar español (pese a que haya una preferencia clara por la voz *carro*, que es la única aceptada en el lenguaje militar formal, quedando *tanque* para usos coloquiales).

No podemos dejar de comentar la curiosa organización de las entradas del *Léxico mínimo*..., ya que no sigue el acostumbrado orden alfabético -como el resto de diccionarios al uso- sino que crea una serie de capítulos en función de los subcampos léxicos atendiendo a las especialidades militares (*artillería*, *aviación*, *infantería*...) o a las situaciones (*combate*, *instrucción*...), apartados que relaciona en el índice que cierra la obra. Dentro de cada uno de estos capítulos tampoco sigue un orden alfabético, ni en castellano ni en ruso, sino que el orden responde a una amplitud descendente de los conceptos, esto es, en primer lugar la voz que engloba todas las demás y a partir de

9 En el Ejército de Tierra español no existen Regimientos de Caballería Blindada sino Regimientos de Caballería Acorazados o Ligeros Acorazados. Es necesario fijarse en que el adjetivo modifica al sustantivo regimiento y no a caballería, como nos muestra el género del mismo, masculino.



ella figuran en orden de menor entidad; por ejemplo, la primera página del capítulo dedicado a organización empieza con Fuerzas Armadas y termina con Unidad.

El análisis pormenorizado del *Léxico mínimo...* de Sorokin nos muestra la dificultad que encierra la realización de un diccionario bilingüe especializado en un campo léxico concreto, y en particular en aquellos ámbitos -como el militar- que suelen estar alejados del mundo académico.

En definitiva, es necesario que el personal que se proponga la realización de un diccionario especializado -en este caso militar- bilingüe domine perfectamente los idiomas en cuestión y asimismo conozca perfectamente tanto el vocabulario específico utilizado por los hablantes de ese colectivo particular en ambas lenguas, como los conceptos que estas voces definen. Esto evitará la aparición de errores de concepto que dan una mala imagen a los usuarios del léxico especializado correspondiente; asimismo, se reduce la incorporación de voces anacrónicas y de arcaísmos, y en caso de verse incluidos se verán caracterizados como tales.

Miquel Peñarroya i Prats

Centre d'Estudis dels Ports. Morella

(Castelló de la Plana)

miquelpip@terra.es



Referencias bibliográficas

- Almirante Torrella, J. (1869, 1ª ed.): *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico*, Madrid: Depósito de la Guerra.
- Agudo López, F. (1992, 1ª ed.): *Glosario militar. Portugués-Español, Espanhol-Português*, Madrid: Estado Mayor del Ejército.
- Aguirre de Cárcer, I. (1966, 1ª ed.): *Diccionario moderno de Terminología militar Francés-Español, Español-Francés*, Madrid: Editorial Dossat.
- Bordejé y Morencos, F. de (1981, 1ª ed.): *Diccionario militar estratégico y político. Guía para el lector*, Madrid: Editorial San Martín.
- Bulgakov, G.N. (1973, 1ª ed.): *Diccionario Militar Español-Ruso*, Moscú, Editorial Militar.
- Reigada de Pablo, C. (1972, 1ª ed.): *Diccionario Ruso-Español de Terminología Militar y Técnica*, Madrid.
- *Revista Española de Defensa*, 2000, 15, pp. 42-49.
- Salas Larrazábal, F. de (1960, 1ª ed.): *Empleo táctico del armamento*, Madrid.
- Urquía Gómez, A. de (1980, 1ª ed.): *Diccionario Tecnológico Militar Inglés-Español, Español-Inglés*, Madrid: Ediciones Agulló.

